

ALBUM PINTORESCO.



El joven devorador de carneros, y su viejo guía.

VORACIDAD DE UN INDIO.

Prevenimos á nuestros lectores, que el dibujo que tienen á la vista y el artículo que van á leer, se hallan en varias obras muy recomendables, y que el hecho que se indica fué referido por el mayor Hardwick á la Sociedad Real Asiática, que lo dejó consignado en sus Memorias.

Ese indio de la larga barba, no es el personaje mas interesante de dicha historia. El extraordinario crecimiento de su barba, tan larga que el viejo se veia obligado á llevarla con la mano para que no arrastrase por el suelo, es sin duda un fenómeno sorprendente; pero el rasgo extraño que hacia su compañero de su fuerza, admiraba aun mas á los ingleses y á los indios que lo presenciaban.

Este hombre era conocido en la provincia de Radjutana y particularmente en Lucuoso, donde se dió con frecuencia este espectáculo, con el nombre de *Comedor de carneros*. Si hemos de creer á muchos testigos oculares, levantaba hasta llevarle á la boca un carnero vivo, lo despedazaba con los dientes y en pocos minutos devoraba casi toda la carne del animal, y bebía su sangre. Muchas veces este hombre carnicero se comía otro carnero, dejando solo unos pocos restos para la comida siguiente.

Verificada la deglucion, se comia unas cuantas hojas de la planta llamada *madar* ó *asclepias gigantesca*, que se cree facilita la digestion, y que se emplea muchas veces en la India como medicamento. Hemos copiado fielmente el dibujo original, el cual representa á nuestro comensal agitando sobre su cabeza una rama de

madar, del mismo modo que lo hacia despues de cada comida.

Debemos añadir que el pueblo indio miraba esta repugnante escena con un terror igual á su admiracion, pues, que el hombre no dejaba de llenarse de sangre la cara y hasta la cabeza mientras huroneaba con los dientes por dentro de las entrañas del animal. Los crédulos, de que no faltan gran número en la India, miraban á este hombre dotado de una naturaleza mas que humana, y creian que comia muchas veces hasta niños, á falta de carneros.

El viejo de la barba larga, que acompañaba á este famoso comedor de carneros, debia tener mas de cincuenta años, deduciéndolo, no solo de la blancura de su cabello, sino de las profundas arrugas de su cara. Llamábanlo el *Cura* ó el padre *espiritual* del hombre voraz, y muy probablemente

era el que guardaba el producto del espectáculo. Despues de haber hecho por mucho tiempo el oficio de *faquir*, y de haber sacado limosna á los crédulos indios, se hizo empresario del extraño espectáculo que hemos indicado, explotando la propiedad de su voraz compañero, como se hace en Europa con la de un oso ó un bizonte. Cierta viagero inglés, testigo de una de estas comidas, se quejaba de haberlo visto en uno de los dias en que el indio tenia poco apetito, y dice: «El indio se hallaba aquel dia algo inapetente, pues solo devoró un carnero.» Luego añade sencillamente, que cada cuarto del animal pesaba unas trece libras.

NECROLOGIA.

EL EXCMO. SEÑOR DON JUAN NICASIO GALLEGO.

El lunes 10 á la tres de la tarde fueron conducidos, de la parroquia de san Idefonso á la sacramental de san Justo y san Miguel, los restos mortales del Excmo. señor don Juan Nicasio Gallego. Formaba el fúnebre acompañamiento una numerosa concurrencia, entre la que se veian individuos de todas las corporaciones á que perteneció el ilustre difunto, tales como el Senado, las tres reales academias, de la Lengua, de la Historia y de san Fernando, el real consejo de Instruccion pública y el tribunal de la Rota. A mas de esta comitiva, en cierto modo oficial, la literatura y las bellas artes habian enviado á la triste ceremonia muchos de sus mas acreditados representantes, como en testimonio del profundo duelo que ha causado en ellas la pérdida del hombre respetable, en quien literatos y artistas reconocian de comun acuerdo y sin discusion, una autoridad infalible en cuestiones de gusto. El fallo del señor Gallego en tales cuestiones era el *magister dixit* de los escolásticos, ante el que todos inclinaban la frente sumisos y agradecidos. Tal nos parece el rasgo mas característico de aquella noble inteligencia que tanto brillo ha estado derramando por largos años sobre nuestra literatura contemporánea, y que con tan vivo dolor vimos extinguirse en la madrugada del 9 del actual.

Intérprete de la afliccion que embargaba los ánimos de los numerosos asistentes á la traslacion del cadáver del señor Gallego, y concluidas las preces mortuorias, el señor don Francisco Martinez de la Rosa, dignísimo director de la real Academia Española, improvisó delante de la huesa con acento profundamente conmovido, un breve y muy sentido discurso que pocos pudieron oir sin que el llanto se asomase á sus ojos. Aquellas elocuentes palabras fueron un digno adiós al autor de la inmortal elegía al *Dos de Mayo*.

El señor Gallego ha bajado al se-

pulcro á la edad de 76 años y un mes escaso, habiendo nacido el 14 de diciembre de 1777. Fué su patria la ciudad de Zamora. Estudió la filosofía y ambos derechos en la universidad de Salamanca. En 1805 ganó por oposicion, que es como se conferian entonces, una capellania de honor de S. M., y en el mismo año le nombró el rey director eclesiástico de sus caballeros pages, empleo que sirvió hasta la entrada de los franceses en Madrid. Siguiendo entonces al gobierno legitimo á Sevilla y luego á Cádiz, fué diputado de aquellas Cortes por espacio de tres años. Envuelto despues del regreso del rey en la persecucion de que fueron objeto los autores de la Constitucion, el señor Gallego, despues de una larga prision, fué confinado por cuatro años á la cartuja de Jerez, de donde pasó á los conventos de la Luz y de Loreto, situado aquel junto á Moguer, éste á dos leguas de Sevilla; de allí le sacó la revolucion de 1820. Vino entonces á Madrid, y despues de haber sido re- puesto en su plaza de la casa de pages, le nombró S. M. arcediano mayor de Valencia, dignidad que disfrutó hasta principios de 1824, en que vuelto el rey á la plenitud de su poder absoluto, se le despojó de ella por una real orden fundada en el decreto que declaró nulo cuanto hasta entonces habia hecho S. M. desde el 7 de marzo de 1820, en que juró la Constitucion. Empezó entonces para el señor Gallego una era de persecucion y vejaciones, cuyo relato no cabria en estos rápidos apuntes, y que le precisaron á emigrar á Francia por algun tiempo. Por fin, en 1830, y con ocasion de haber compuesto unos bellisimos versos al nacimiento de nuestra actual soberana, se le confirió una canongia en Sevilla, á que siguieron sin interrupcion otras gracias y varios cargos públicos, que hasta la época de su muerte le ocuparon apacible y muy útilmente para el Estado y para las letras.

Tal es, muy rápidamente bosquejada, la historia de la vida pública del señor Gallego. La de su vida literaria, esto es, la de su influencia sobre la literatura de nuestra época, y la enumeracion y exámen de sus pocos numerosos, pero excelentes escritos, es trabajo para hecho mas despacio. No renunciamos á bosquejarla tambien algun dia; entretanto bástenos decir que, á nuestro juicio, el nombre del señor Gallego es uno de los que mas ilustran en España la primera mitad del siglo XIX.

DE LA CRÍTICA.

Sumite materiam vestris qui scribitis
Viribus, et versate diu quid id ferre recusent
Quid valeant humeri.

¿Quién es el crítico juicioso que consulta sus fuerzas y se propone seguir este precepto de Horacio? Mu-

chos hábiles escritores han dado reglas para formar el gusto en las criticas; pero estas reglas no pueden inspirar los testimonios y el carácter que deben ser los principales dictados de todo censor justo. Estos sentimientos, asi como los de la virtud, no pueden ser trasmitidos sino por la misma naturaleza; ella es solo quien nos hace este presente por medio de las semillas que anteriormente ha sembrado en nuestro corazon. De lo contrario se abandona las mas veces á la rectitud misma cuando se trata de criticar.

Publicase una obra, hace algun ruido en la corte, llama la atencion de los literatos y, lo que es mas, se reúnen la mayor parte de ellos para tributarla sus homenajes. Un autor la compra, habiendo formado de ante mano la idea de criticarla aun sin haberla leído. ¿Qué motivo puede de- terminarle á el partido que toma sino el de arrebatár á su adversario, que le hace sombra, los laureles que le ofrecen, ó por lo menos á fin de que se repartan entre los dos?

No hablamos con aquella casta de críticos, los cuales sin leer ó leyendo muy poco y pensando menos, son los Aristarcos, mejor diremos los Zoylos de moda: ni con estos críticos que escriben únicamente para vivir y con el fin de hallar por este medio un *socorro* menos capaz de aliviar que de prolongar sus miserias; ya sabemos que ni aquellos presuntuosos, ni estos famelicos pueden reducirse al silencio, ni pagarse con razones. Hablamos únicamente de los censores por gusto y por pasion.

Si se suplicase á estos reformadores del gusto público que tuviesen á bien de poner en el estado de perfeccion, segun ellos lo han concebido, aquella misma obra que ha sido de la aprobacion de los demas eruditos, exceptuando sus mercedes, podria suceder en este caso propuesto, que la quitasen, al tiempo de reformarla, precisamente aquello mismo que la hacia antes admirar (1). Por lo menos no hay duda que la privarian de aquellas gracias naturales, de aquel genio particular que distinguen á cada autor.

La contrariedad que se halla en las diversos pareceres sobre las producciones del ingenio ha sido ya hace mucho tiempo notada. A la verdad no favorece mucho al entendimiento humano, pues mas bien descubre su poca solidez. Todas las naciones eruditas ofrecen testimonios vergonzosos en apoyo de nuestra proposicion. Milton y Pope, entre los ingleses, el Ariosto y Casti, entre los italianos; Cornaille y el inmortal autor de la *Henriada* (2), entre los franceses, y de los nuestros entre tantos que pudiéramos citar, solo

(1) No hace mucho tiempo que uno de estos señores se propuso arreglar el *Sí de las Niñas*, de nuestro Terencio, Moratín. Por fortuna aun no se ha realizado tan desatinada empresa...

(2) Este ha sido tratado de *ignorante*, no hace mucho, en cierto papelejo impreso. *¡Risum teneatis!*...

nombraremos á Cervantes, honor de sa literatura. Luego que estos prodigiosos ingenios publicaron sus obras, le levantaron una porcion de criticos y adversarios, bien que jamás pudieron ofuscar el número de los admiradores. Los pareceres se han dividido igualmente sobre una infinidad de escritos que hoy dia estimamos unánimemente y como arrastrados del comun sentir. Es muy chocante, á la verdad, que una obra bien escrita no pueda obtener fácilmente la aprobacion y los votos de muchos eruditos, que al fin no se rinden sino á la violencia que les hace el público. Esto proviene, á nuestro juicio, de que la mayor parte de estos sabios juzga con pasion, y el público, por el contrario, no pesa las cosas sino con la balanza del mérito. Un autor que tiene la dicha de complacerle, ha llenado y aun sobrepujado todas las reglas y preceptos para escribir bien, y sobre las cuales se le hace en seguida la guerra inútilmente.

(Se continuará.)

MONUMENTOS GRANADINOS.

De un periódico de Andalucía tomamos el siguiente curioso artículo.

Sobre la orilla izquierda del Darro (que parte y fecunda la ciudad y campos de Granada) coronando la cima de una prolongada colina, se levantan los rojos torreones que forman el alcázar y fortalezas de la Alhambra. En este ceñidor de murallas sobresale una gran torre, que como broche le promedia por sus puntiagudas almenas, por su exterior robusto, y por estar en su interior lo mas grandioso del palacio árabe levantado por Alhambra el Magnífico: se llama torre de Comares. Tomando nacimiento de su costado derecho, por una galería de columnas de mármol semejante á punzones de nácar, que va á parar y rodea un elegantísimo torreoncillo, que por esta circunstancia se llama mirador y tocador de la reina, á causa de sucesos que referiremos despues, pues antes hemos de describir el interior.

Pasada la sala de las frutas (celebrada de Góngora, y donde se engendró tal vez á Felipe II) por la galería indicada, pobre en sus adornos por las sacrílegas y frecuentes restauraciones, se viene á dar al peinador, mirador ó tocador de la reina, pues con todos estos nombres se conoce. Una pequeña antesala pintada al temple, precede á la habitacion cuadrada, objeto principal de nuestro artículo, y á la mano derecha hay una leza perforada en el pavimento, de mármol de Macael, que servia, segun el vulgo, para perfumarse. Despues por un arco circular, se entra en un cuarto de la planta y tamaño de la torrecilla, que en tiempo de los árabes seria bellissimo. Rodeado de arcos que le dan luz, está coronado de un techo de riquísima ensambladura en forma de pirámide, que descansa sobre una cornisa de poco re-

lieve, en cuyo friso se lee en letras africanas esculpidas en cedro la inscripcion siguiente, muy gastada á trozos:

«En el nombre de Dios, que es misericordioso. Sea Dios con Nuestro Señor y profeta Mahoma, y á los suyos y á sus amigos salud infinitas veces y salvacion. Dios es la lumbrera del cielo y de la tierra: es lámpara de lámparas: constelacion luciente que arde con óleo santo, no occidental, ni oriental; que alumbra sin tocarle y es luz sobre luz. Dios con su propio resplandor guia á quien le place.—Dios ha dado los proverbios á las gentes.—Dios es sabio en todas las cosas.»

Lo demas todo es moderno: en tiempo del emperador se restauró, y luego, cuando la venida de Felipe V á Granada, fué habitacion y mirador de la reina. Desde entonces asi se llama. Antes, en tiempo de los árabes, era un Mirab ú oratorio, donde la zalá solian hacer, segun dice un antiguo manuscrito.

Desde los arcos y la galería exterior se descubre uno de los mas pintorescos paisajes del mundo.

Al pie de la colina festoneada de zarzas salpicadas de rosas de almeses, de pobos y de nopales, corre por un estrecho cauce el Darro, semejante á los cristalinos torrentes de los despeñaderos de Suiza. En la pendiente orilla del lado opuesto se ve el Albaicin, cuyas ruinas cubren flores, y entre cuyos moriscos tejados sobresalen palmas y cipreses seculares; mas al Oriente el barrio del Hajariz (deleite) donde buscaban recreo y aires saludables los poderosos moros de Africa, la antigua mezquita, la casa de Harmez, los baños de Mohamat V cercados de gayombas, las ruinas góticas del convento de la Victoria, la casa del Chapiz y los altos collados del azeituno y de los almendros; las angosturas del rio en donde creian situado el paraiso de los árabes, y donde Chateaubriand escribió las poéticas páginas de su Abencerrage, los cármes (alfombra de agradables colores) que con su amenidad y frescura dieron la vida al cardenal Jimenez de Cisneros y al Gran Capitán: la selva de avellanos que rodea el asiento del Generalife y los bosques de laureles que coronan este palacio de recreo: los montes del Oro ó de Santa Elena, el acequia que, nuevo milagro de la hidráulica, ciñe con cadena de plata su talle vestido de altos álamos, y á lo lejos por donde nace el sol las sagradas montañas donde se alza la solitaria abadía que guarda las reliquias de San Cecilio, y la frente nevada de Muley-Hacen y del Veleto en los últimos términos del horizonte.—Sobre la izquierda las pirámides del palacio de la Justicia, trazado por Herrera, la cúpula de la catedral, obra insigne de Siseo, dibujadas en el oscuro tapiz de la Vega, sembrada de olivares esta parte, la serpiente de plata del Genil encerrada entre setos de mimbreras y de sauces; Santa Fé, memoria eterna de las hazañas del campamento de doña Isabel y de los héroes homéricos de la

conquista: la sierra de Elvira, asiento de la gran ciudad romana; el puerto coronado de atalayas, y allá en el fondo la cinta azul de los montes de Parapanda y de Montefrio que dan treinta por uno.

Desde aqui, y á la vista de tanta grandeza, se bendice á Dios y se conoce el dolor de Boabdil al ver por la vez postrera su ciudad querida desde los cerros de Padul.

Tan hermoso mirador es digno de una sultana, de una reina.

En las losas de mármol de sus antepechos, en las paredes, en las columnas, pueden leerse los nombres mas ilustres de los viajeros. Allí está la temblona letra de Chateaubriand y su rúbrica de noble; allí la del cronista Washington Irving, tan aficionado á la España; la de Dumas y Teofilo Gauthier, la de Jones el arquitecto; y la de otros muchas príncipes, sabios ó artistas, que han visitado esta *ventana del cielo*, como decia un embajador marroquí.

EL JOVEN PINTOR.

Habiendo un jóven pintor concluido un cuadro de tanto mérito, que el maestro mismo nada encontraba que criticar en él, se encantó en términos con su obra que no cesaba en contemplarla y aun suspendió el estudio creyendo que no era posible que su pincel produjera ya cosa mejor.

Queriendo una mañana volverse á recrear con su obra, se encontró con el lienzo enteramente borrado por su propio maestro. Lleno de disgusto y con lágrimas en sus ojos se marchó el jóven artista presuroso en busca del maestro, y preguntándole el motivo de tan extraño como cruel proceder, respondióle este: «Razon y mucha razon he tenido en hacerlo: la pintura era efectivamente de un mérito especial, y una prueba manifiesta de tu aplicacion y talento, pero tambien llegó á ser por de pronto tu perdicion.» «¿Cómo? preguntó el contristado discípulo. El maestro con tono sumamente bondadoso le respondió: «Había observado con grande sentimiento que no amabas ya en tu obra el arte sino mas bien á tí mismo. Cree-me, que aun cuando nos pareció una cosa acabada, no se pudo considerarlo, sin embargo, sino como un mero estudio. Vuelve á tu pincel, y veamos lo que nos presentas de nuevo. No te aflijas por esto, y manos á la obra.»

Lleno de confianza propia y en la de su maestro, cogió el pincel y concluyó su obra mas celebrada, á saber: El sacrificio de Iphigenia.

¿Y quién era nuestro jóven artista?

Thimantas, nacido en Cithna una de las islas Cyclades en el gran Océano equinoccial, hácia el año de 400 antes de la era cristiana, y que fué reputado por uno de los pintores mas aventajados de la antigüedad. Aquella obra maestra suya se vió aun en Roma bajo el reinado de Augusto.

MADRID, 1853.

ESTABLECIMIENTO TIPOG. DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.

ANALES DEL REINADO DE DOÑA ISABEL II.

OBRA PÓSTUMA

DEL EXCMO. SR. D. JAVIER DE BURGOS.

No vamos á hacer la apología de esta obra; además de que el nombre justamente célebre del autor la recomienda, el público la ha juzgado ya de una manera ventajosa y sería inútil cuando menos lo que nosotros pudiéramos añadir. Vamos únicamente á indicar la forma en que se hará la publicación, conciliando en lo posible el gusto y los intereses de todos; pero como habrá alguno que no la conozca, parecemos del caso, antes de pasar adelante, dar una idea de su objeto, para lo cual nos serviremos de las mismas palabras con que principia el libro primero.

«Propóngome consignar en estas páginas, dice el señor Burgos, los sucesos ocurridos en España después de la muerte de Fernando VII; desenvolver su origen; fijar su índole; señalar su enlace; mostrar de que modo algunos, en que nadie reparó, influyeron en otros gravísimos, y hacer ver por qué trámites han llegado la causa de Isabel II y la suerte de la nación española al estado en que hoy se encuentran. No las han traído á él ni grandes batallas, ni complicadas negociaciones, ni ocurrencias de que, por su publicidad puedan todos calcular el alcance ó determinar el influjo, si no hechos que muchos ignoran en todo ó en parte, ó que han sido por lo comun mal entendidos y peor calificados. Si al desentrañar estas causas tengo tal vez que detenerme sobre las personas que de un modo ú otro han contribuido á su desarrollo, y descender á pormenores que, en cierta manera pueden llamarse domésticos, no temo que parezcan éstos poco dignos de la magestad de la historia, cuando se piense que ellos solos pueden explicar muchos hechos públicos que por falta del conocimiento de sus antecedentes ocultos se han juzgado generalmente de un modo erróneo. Revelándolos, la exactitud mas escrupulosa, la imparcialidad mas severa guiará mi pluma, y señalando errores funestos, y de ellos tal vez sacando las consecuencias deplorables, procuraré que no se resienta mi lenguaje de la vehemencia de mi patriotismo.»

Reasumido en las breves palabras que antecedan el plan de la obra que anunciamos, y tomando en cuenta la pluma que la ha escrito, fácil es adivinar el interés que ofrece su lectura. Se trata de un libro en el que figuran personajes que todos conocemos y se refieren escenas que todos hemos presenciado; de una colección de cuadros trazados por mano maestra con tan vivos colores y tanta verdad, que sin du-

da esta circunstancia impulsó al autor á no permitir que viesen la luz pública durante su vida; y para que nada falte al conjunto, nosotros le hemos añadido un nuevo aliciente que consiste en veinte retratos perfectamente litografiados sobre papel de china de los veinte personajes mas notables, empezando por el autor, á cuyos retratos acompaña una nota biográfica impresa en la guarda de una manera especial.

En virtud del derecho que nos concede el convenio que tenemos celebrado con los herederos del señor Burgos, los ANALES DEL REINADO DE DOÑA ISABEL II van á formar parte de la colección de la BIBLIOTECA ESPAÑOLA, incluyéndose en la primera sección; pero el reparto se hará en esta forma:

Todas las semanas se darán cuatro entregas reunidas bajo una cubierta con un retrato: cada entrega constará de 32 páginas en 8.^o marquilla, de excelente papel ó impresión, ó sean 120 á 130 páginas las cuatro entregas reunidas. El precio de la entrega es un real en Madrid y real y medio en provincias; pero se pagan cuatro de una vez al tiempo de recibirlas, á razón de cuatro reales en Madrid y seis en provincias, enviándose por el correo franco el porte. La obra consta de seis tomos, que se dividirán en 80 entregas: para cada tomo se darán las correspondientes portadas y cubiertas sin aumento de precio.

Los que se suscriban á los ANALES, antes de concluir el mes de enero, recibirán el *Album Pintoresco* desde el número primero de la segunda serie, en que ha principiado á insertarse la famosa novela titulada *La Cabaña de Tomás*.

Se suscribe en Madrid en la Oficina central, calle de Santa Teresa, núm. 8, y en el despacho establecido interinamente en la librería de Monier, Carrera de San Gerónimo. En provincias, ultramar y el extranjero en casa de los corresponsales del establecimiento de Mellado y de la BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

En los mismos puntos están de muestra las entregas y retratos.

Se han repartido las cuatro entregas primeras con el retrato del autor, y seguirán las demas á cuatro por semana con la mayor puntualidad.

Por gracia especial, y no obstante que no estamos obligados á ello, se regalarán los 20 retratos, cuando estén todos concluidos, á los suscritores que tuvo esta obra en la primera publicación que se hizo.